

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 204

25 cts

13. ENERO
1929

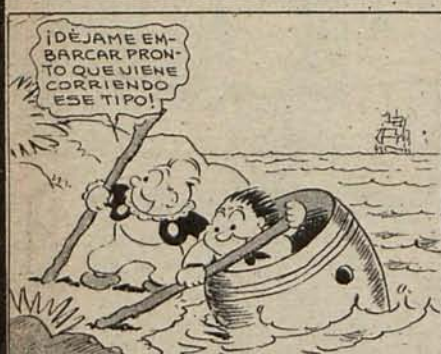
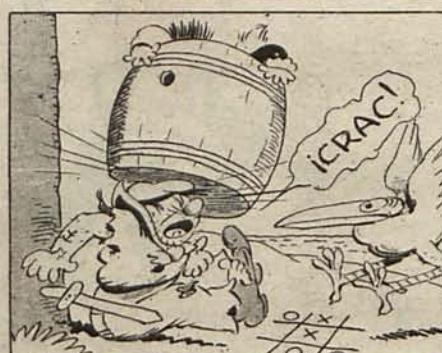


- ¡EN MI COLEGIO SOY LA PRIMERA!
- ¡CARAMBA!
- ¡LA PRIMERA QUE SALE CUANDO DAN LA HORA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

Godunov saboreaba lentamente, con su refinamiento de crueldad, la satisfacción de ver a su víctima en su

poder absoluto, y acercábase al calabozo sin darse prisa. Al fin llegó, y haciendo descender los ruidosos cerrojos, penetró en la inmundicia celda, plantándose frente a la joven, la cual estaba acurrucada en un rincón. Godunov permaneció así durante algún tiempo, con los brazos cruzados sobre el pecho y devorando a su víctima con los ojos. Esta parecía no advertir la presencia de aquel verdugo; con los ojos fijos en el suelo y la cabeza inclinada sobre el pecho, estaba inmóvil, como muerta.

—¡Vamos, ánimo!—dijo al fin Godunov con voz estridente de sarcasmo—. ¿Por qué no me miras, tú, antes tan fuerte y audaz? ¿Por qué no me fulminas con una de tus terribles miradas? ¿Por qué no me abrumas con tu desprecio? ¡Este es el momento... de demostrar todo tu valor!

Vèra continuó callada e inmóvil.

Godunov siguió clavando en ella miradas de hiel.

—Otras veces, cuando te costaba menos tener valor, estabas menos sombría y taciturna... Antes, tenías pronta la palabra, y más, mucho más pronto el brazo... ¿Te acuerdas?

Al paso que aumentaba la ironía de sus palabras, la voz hacía más flexible y penetrante.

—Sin embargo, yo no merezco tu odio... gentilísima criatura... ya lo sabes tú. Sabes que te amo..., que no deseo más que tu felicidad..., que mi pensamiento no se aparta de ti... y que te preparo una deliciosa sorpresa...

Callóse un poco para observar en el rostro de Vèra la impresión que producían sus palabras. Pero la joven no había hecho un gesto, ni tenido el menor estremecimiento que revelase la vida; parecía de mármol.

Entonces él continuó con un tono melifluido, rebotante de feroz malignidad:

—¿Ves? En este mismo momento, mientras que tú, llena de soberbio desdén, finges no oírme, y te ofendes por escucharme, y te obstinas en no darme ningún indicio voluntario de tu presencia, y te ingenias en ofenderme en lo poco que puedes, ya ves, en este momento, yo te doy una prueba exquisita de mi bondadoso ánimo... Tal vez—continuó después de una breve pausa—tú no te hayas dado cuenta, pero yo voy a decírtelo: quiero que aprecies mi desinterés, que saborees por completo la dulce y suavísima satisfacción que he querido procurarte... ¡Ah! ¿comprendes ya lo que quiero decírtelo? Pues

bien, sí, Vèra Nicolajewna, al fin te convencerás de que tienes en mí a un amigo.

En cuanto supe que unos bribones, sin miramiento alguno a tu condición social, a tu gracia y tu juventud habíanse atrevido a detenerte y a arrastrarte a la Fortaleza, hice todo lo posible para, cuando menos, conseguir proporcionarte un bálsamo, un consuelo precioso para tu alma ulcerada... ¡Alégrate, Vèra; el rincón en donde apoyas tus miembros, es el mismo en donde se reclinó el elegido de tu corazón... José Dudal...

Godunov pronunció estas frases y este nombre con estudiada lentitud, fijando sus penetrantes ojos en el oscuro bulto que, hecho un ovillo, estaba a pocos pasos de él. Vèra no reveló con el más mínimo estremecimiento la convulsión de su alma.

En aquel momento entró un cosaco, y después de dejar en el suelo una linterna, desapareció.

—Sí, Vèra—continuó el infame—en ningún otro sitio podrías sentirte más cerca de él que en este: aquí fué cubierto de salivazos, aquí recibió toda suerte de ultrajes, aquí le destrozaron y abrasaron las carnes, aquí le clavaron alfileres entre las uñas, aquí sintió el helado abrazo de la muerte... ¿No llevo razón al decirte que ningún otro sitio mejor que este puede hablarte del elegido de tu corazón...? Sé justa, Vèra; no puedes negarme mi delicadeza de sentimientos...

Godunov se calló. El silencio de Vèra le exasperaba. Necesitaba ver a su víctima animarse, reaccionar, defenderse, verla sufrir y hasta rebelarse para domarla.

Pero Vèra no se movía. La cabeza, inclinada sobre el pecho, ni siquiera dejaba ver su rostro. Únicamente el rítmico y leve movimiento del seno daba señal de vida en la infeliz criatura.

Godunov cogió la linterna, levantándola hasta la altura del rostro de la joven.

—¡Ánimo!—dijo—. ¿Por qué no te dignas pronunciar una palabra de agradecimiento? ¿No te parece que la merezco? Diciendo esto, habíase inclinado sobre ella, haciendo ademán de levantarla la barbilla con su mano.

Vèra, como si le hubiera tocado un ascua encendida, púsose en pie de un salto, echando llamas por los ojos.

—¡Magnífico! Así me gusta, siempre la misma, tan viva y prepotente, ¿verdad? Pues bien, para demostrarte que te equivocas al juzgarme, voy a darte una prueba de mi ilimitada bondad. Voy a hacer que te suelten las manos.

Godunov llamó a un cosaco, el cual libertó a Vèra de sus ligaduras.

—Ahora ya puedes moverte, agredirme, ofenderme de todos modos y también huir... Ánimo, Vèra, ¿por qué no repites la brillante escena que tan bien represen-

taste en casa de tu padre..., es decir, del que fué tu padre?

Godunov se interrumpió.

De los ojos de la joven, extraviados y brillantes, brotaron dos gruesas lágrimas, que deslizáronse lentamente por sus pálidas mejillas.

—¡Ah! ¿no sabías que tu padre hubiese muerto? Ha muerto hoy, hoy mismo; yo he estado haciéndole que escribiera, antes de morir, la carta a la cual debo tu presencia aquí... ¿Qué te parece, querida mía...? Con Godunov, la astucia no sirve de nada... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

La carcajada burlona del oficial repercutió en el calabozo siniestramente.

—Está segura—prosiguió—que tu padre ha muerto esperándote, después de haberte llamado a su lado... ¡Dios mío! No has tenido tiempo de verlo... Un desgraciado incidente te ha obligado a desviarte un poco de tu camino, conduciéndote aquí, junto al aborrecido Godunov...

Vèra echó una mirada a su alrededor. Hacía rato que meditaba librarse del tormento con que aquel monstruo amenazaba a su cuerpo y a su alma. No tenía armas, pero la desesperación sugería las más locas y absurdas tentativas.

Los muros del calabozo estaban excavados en la roca y veíanse en varios sitios algunos guijarros salientes. Cuando Godunov, dando muestras de una ferocidad sin igual, hubo hundido el arma del desprecio y de la burla en las más dolorosas fibras de la joven, ésta comprendió que todo esto no era más que una preparación para quién sabe qué suplicio... Ante la idea de ser abandonada, no ya a la muerte, sino a la villana crueldad de aquella bestia humana, Vèra sintió que la faltaba todo el valor, toda tenacidad, todo propósito de resistencia... La muerte estaba cerca de ella... Podía estrellarse el cráneo contra la desnuda roca de las paredes, y perder la vida antes que asistir a la carnicería de sí misma. Obedeciendo a una repentina resolución, aprovechándose de la libertad de sus miembros, doblóse un poco sobre sí misma y dispúsose a dar un impetuoso salto, con la cabeza baja, contra la pared...

Pero Godunov estaba alerta. El había leído en el rostro de su víctima su atroz pensamiento y cogió al vuelo a la joven, agarrándola por la cintura con sus robustos brazos.

Al sentirse entre los brazos del infame, en vez de encontrarse en los brazos de la muerte, Vèra lanzó un penetrante grito de desesperación. Era aquel grito que atravesó los muros del calabozo, hiriendo los oídos del sabio y de sus amigos.

—¡Ah! ¡Ingrata!—dijo Godunov lanzando una carcajada—. No sólo te aprovechas indignamente de mi generosidad, tratando de huir nada menos que al otro mundo..., sino que encima me tratas como a un objeto horrible y despreciable. Pues bien, haces mal. Piensa que yo llevo mi delicadeza de sentimientos hasta concederte la más deliciosa de las alegrías: la de darte la misma muerte que a José Duda... ¡Miral!

Godunov lanzó un silbido. Un grupo de oficiales y de soldados entró en el calabozo.

—¿Ves?—dijo Godunov destilando por todos sus poros odio, hiel y hediondez moral como un inmundo y repugnante sapo—¿ves? Así se hizo con José Duda.

Los recién llegados contemplaban la víctima, ofendiéndola con las más infames palabras.

Vèra buscaba un modo cualquiera, aunque fuese el más bárbaro, para sustraerse a aquel suplicio... ¡Si se mordiera las venas de las muñecas consiguiendo sangrarse! Vèra estaba ya resuelta a hacer esta tentativa, cuando Godunov exclamó:

—¡Amigos míos! A José Duda se le quitaron las ropas... ¿y si hiciéramos lo mismo con su prometida?

Al oír estas palabras Vèra lanzó un grito estridente, que pareció desafiar al ambiente de muerte de la Fortaleza; irguióse con la fiera de una tigresa y extendió los brazos, dispuesta a revolverse contra el primero de aquellos desalmados que se atreviera a tocarla, con todo el ímpetu de su alma de acero, con todo el furor de la desesperación, decidida a cualquier locura, antes que ser vencida...

El espectáculo de Vèra exhalando por los ojos y en toda su actitud la llama de un impulso irresistible era tan majestuoso, que aquellos verdugos vacilaron un momento... Cuando ya disponíanse a lanzarse sobre Vèra, volvieron la vista hacia Godunov y detuviéronse de repente... Godunov, con la cabeza echada hacia atrás, extendiendo una mano hacia adelante como para rechazar una violencia exterior e invisible, acercaba la otra mano a la garganta como para arrancarse algún obstáculo que le impidiese el respirar.

Sus compañeros lanzáronse hacia él, sujetándolo, mientras que él, con el rostro cianopático, las venas del cuello hinchadas, los ojos fuera de las órbitas y la lengua colgante, balbuceaba con voz ronca:

—Me ahogo..., ¿quién me ahoga?

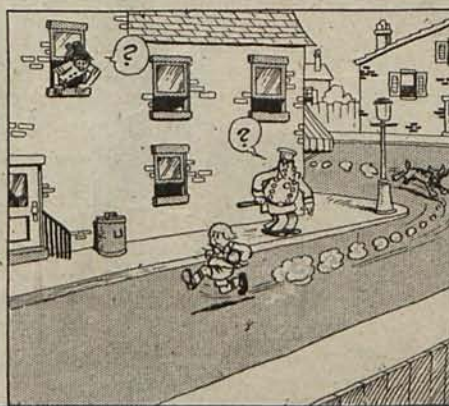
Inmediatamente se desplomó en el suelo; quitáronle las ropas que podían oprimirle la garganta y el tórax, pero todo fué inútil. Ya no hablaba, ponía los ojos en blanco, torcía la cabeza en un enorme esfuerzo para librarse de la asfixia, pero ya le faltaban las fuerzas; con el rostro negro, los ojos congestionados y casi fuera de las órbitas, la boca manchada de una espuma sanguinolenta, todavía el cuerpo inmundo tuvo algún brusco estremecimiento y luego estiróse inerte entre las últimas convulsiones de los miembros ya muertos, agitados de cuando en cuando como los fragmentos de un reptil viscoso cortado en pedazos...

Los oficiales y soldados cosacos, aterrados ante esta escena inexplicable y milagrosa, no osaban decir una palabra. De rodillas, alrededor del cadáver del monstruo, pensaban en su fuero interno en la intervención de la Divina Providencia para impedir un nefando delito... Y levantaron los ojos hacia la joven, la cual había asistido a aquella macabra escena palpitante de terror y de ansiedad, y contempláronla, reverentes, como a un símbolo sagrado de la voluntad de Dios.

(Continuará en el número próximo)



COLORÍN Y SU PANDILLA





UNA CACERÍA EN EL RÍO MARONÍ

POR E. JALGARI

De vez en cuando alguna de aquellas serpientes se despertaba y ponía rígida, con la cabeza vigilante, presta a morder, abiertas las mandíbulas, la lengua móvil y silbando rabiosamente.

El marinero y yo mirábamos a los dos negros que maniobraban de modo que

nunca chocaban con ninguno de aquellos barquichuelos y casi al mismo tiempo les preguntamos:

—¿Quién ha puesto esas serpientes en el macum?

—Los indios Okay—nos contestó el negro viejo.

—¿Para qué?

—Para hacer que los hombres blancos no vuelvan a remontar el río. Es un aviso.

—¿Y cómo se las han arreglado para embarcar tantas serpientes?

—En su tribu viven los más famosos encantadores de serpientes. Esos hombres se introducen en la selva tocando sus flautas hasta que logran hacer salir de sus nidos a todas las serpientes que se encuentran en aquel contorno; después las atraen hacia la orilla del río donde antes han reunido gran número de hojas de macum y sonando la flauta de un modo especial las obligan a embarcarse. Después la corriente se encarga de hacer lo demás.

—¿Y qué interés tienen en que no lleguemos a la cascada?

—No lo sé—contestó el negro—. Supongo que entre ellos ocurrirá algún grave acontecimiento que no quieren que sepan los blancos. Más tarde quizá sabremos algo por vuestro amigo que se encuentra en el territorio de los Okay y frecuenta su trato.

—Ahora que... nosotros no vamos a obedecer esa rara orden de los indios.

—Si quieren, saltaremos a tierra de todos modos, aunque al desobedecer la intimación los indios nos habrán de molestar un poco. Saben que los blancos están protegidos por el gobernador y que ese señor es un hombre que los tiene a raya.

—Vamos allá—dije yo después de haberme aconsejado con el marinero—. Estamos armados y tenemos municiones en abundancia.

Los dos negros volvieron a tomar los remos y continuaron bogando con vigor creciente, imprimiendo a la chalupa una extraordinaria velocidad. Bien es verdad que tenían el río a su favor y que la corriente era muy débil.

Nosotros, por precaución, fijábamos nuestras miradas en las hojas de macum, temiendo que alguna viniese flechada hacia nosotros. Su número, en vez de disminuir, aumentaba de modo inquietante y sobre cada una se veía siempre una serpiente. Cualquiera pensaría que los Okay habían reunido a orillas del Maroní a todas las serpientes de la Guyana. El hecho es que allí se veían por centenares y que cada vez llegaban más y más.

De vez en cuando los dos negros se interrumpían en su trabajo y hablaban en su lenguaje, que ni mi amigo ni yo comprendíamos.

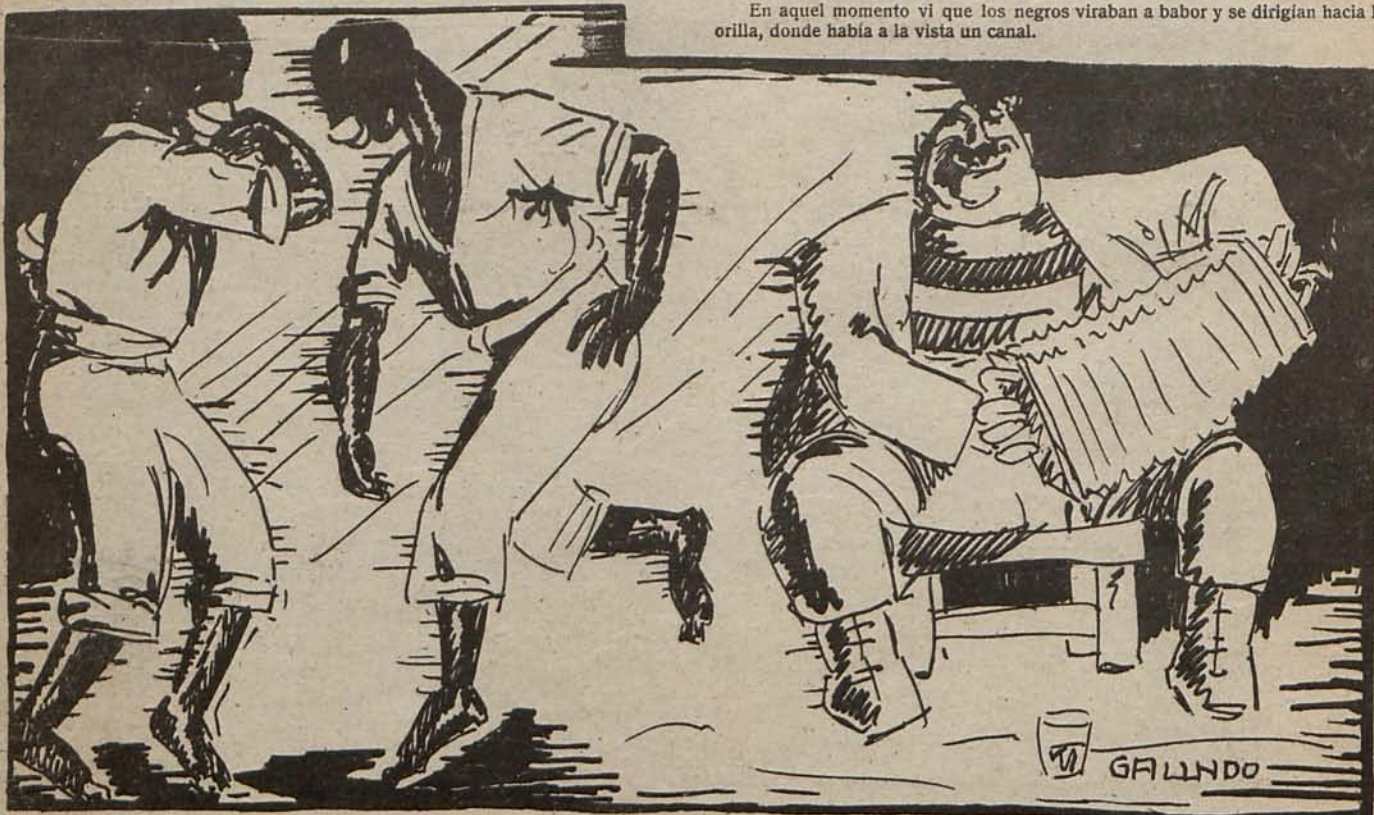
—Me parece que están preocupados—dije a Barsal que hacía tiempo los observaba.

—En efecto, señor—me contestó el marinero—porque comienzan a haber serpientes de esas en abundancia y también yo...

—¿Te quieres volver a San Lorenzo?

—¡Oh no!... Allí está el banquete que nos ha prometido su amigo—dijo Barsal.

En aquel momento vi que los negros viraban a babor y se dirigían hacia la orilla, donde había a la vista un canal.



—¿Desembarcamos?—les pregunté.

—No, *massa*—me contestaron—. Iremos por la *savana* y llegaremos a la catarata de todos modos, sin tener que encontrarnos con esas serpientes.

Atravesamos el Maroni y la barca se introdujo por un estrecho paso para encontrarse poco después en una especie de lago grandísimo cuyas orillas no llegábamos a ver. Era la *savana* una especie de lago de fondo pantanoso, habitado por serpientes acuáticas, inofensivas afortunadamente, y algunos peces llamados *caribes*, de dos a tres pulgadas de longitud, pero muy terribles. Esos pequeños monstruos tienen las mandíbulas armadas de unos dientes tan agudos y tan fuertes, que en pocos minutos convierten a un hombre en esqueleto. El que cae en esas aguas muertas y negruzcas está irremisiblemente perdido: o cae en el fango que acto seguido lo engulle o es cercado por esos *caribes* que se encargan de descarnarlo en pocos minutos.

—Ten cuidado no te caigas—dije a Barsal—que ahí abajo está la muerte.

Los dos negros habían reanudado la carrera remando con vigor increíble. Apenas dejaban un instante los remos, parecía que iba a quedarse estancado el barco. Con una destreza inaudita iban separando grandes masas de plantas acuáticas que surgían por todas partes y de entre ellas salían volando, espantados, numerosos pajarillos turbados por primera vez quizá en su tranquila soledad.

Algunas veces encallábamos en bancos de cieno, otras nos enredábamos entre raíces y lianas, mas su ardor no les permitía detenerse. Empleaban, para superar cualquier obstáculo, toda su paciencia y extraordinaria habilidad.

Aquella navegación al través de la *savana* duró todo el día, con una sola hora de tregua que empleamos para tomar un bocado. Al anochecer habíamos entrado otra vez en el Maroni atravesando un nuevo canal.

Por allí ya no veíamos las hojas del *macum*. A veces oíamos, con mucha claridad, el mugido de la catarata del Sparvine, el cual en días de calma se propagaba a grandes distancias.

Estábamos ya cerca de las posesiones de mi amigo Cardali. Aquel compatriota mío había obtenido de los indios Okay un vasto territorio que cultivaba con fortuna, siendo además muy rico en polvo de oro que se encontraba casi a flor de tierra.

Apenas habíamos pasado la cascada, cuando llegamos a varias chozas que formaban la hacienda de mi amigo.

En ellas reinaba una confusión indescriptible. Negros, indios, *coolies* (1), todos los que trabajaban en las faenas mineras cantaban, bailaban, se peleaban y, sobre todo, bebían.

Numerosos barriles de *tafia*—pésimo licor que abrasa la garganta—yacían rotos por el suelo, esparciendo en torno un insoportable olor a alcohol.

—Los mineros están de fiesta—dije a Barsal—. ¿Habrá descubierto tal vez mi amigo alguna buena veta de metal?

Tomamos los fusiles y desembarcamos. Los negros, los chinos y los indios estaban borrachos perdidos y no hicieron caso de nosotros cuando aparecimos. Continuaban bebiendo como si estuviesen abrasados por una sed inextinguible y gritaban y gesticulaban como locos.

También en las chozas que se extendían a los costados de las habitaciones de mi amigo reinaba una confusión inenarrable. Negros e indios reventaban los barriles que contenían pescados en conserva, quesos, galletas, etc., llenando los cestos que alborozados llenaban y se llevaban en seguida una legión de muchachos, quizá no menos ebrios que sus padres.

Aquello era un verdadero saqueo con orgía y no lo que a primera vista habíamos creído. Miré a mis dos barqueros que tenían fijos sus ojos en los barriles de *tafia* y que aspiraban su olor con las narices dilatadas. De no haber estado nosotros allí, se habrían abalanzado también sobre los barriles para tomar una imponente borrachera.

—Decídmelo, ¿qué pasa aquí?—les pregunté.

—Los *coolies* de la mina se están divirtiendo, señor—me respondió el negro más anciano con una sonrisa.

—Yo creo que además están saqueándolo todo—dijo Barsal—. ¿No ves, negro, que están robando las provisiones de su amo?

—Sí que lo veo.

—¿Entonces?—dije yo.

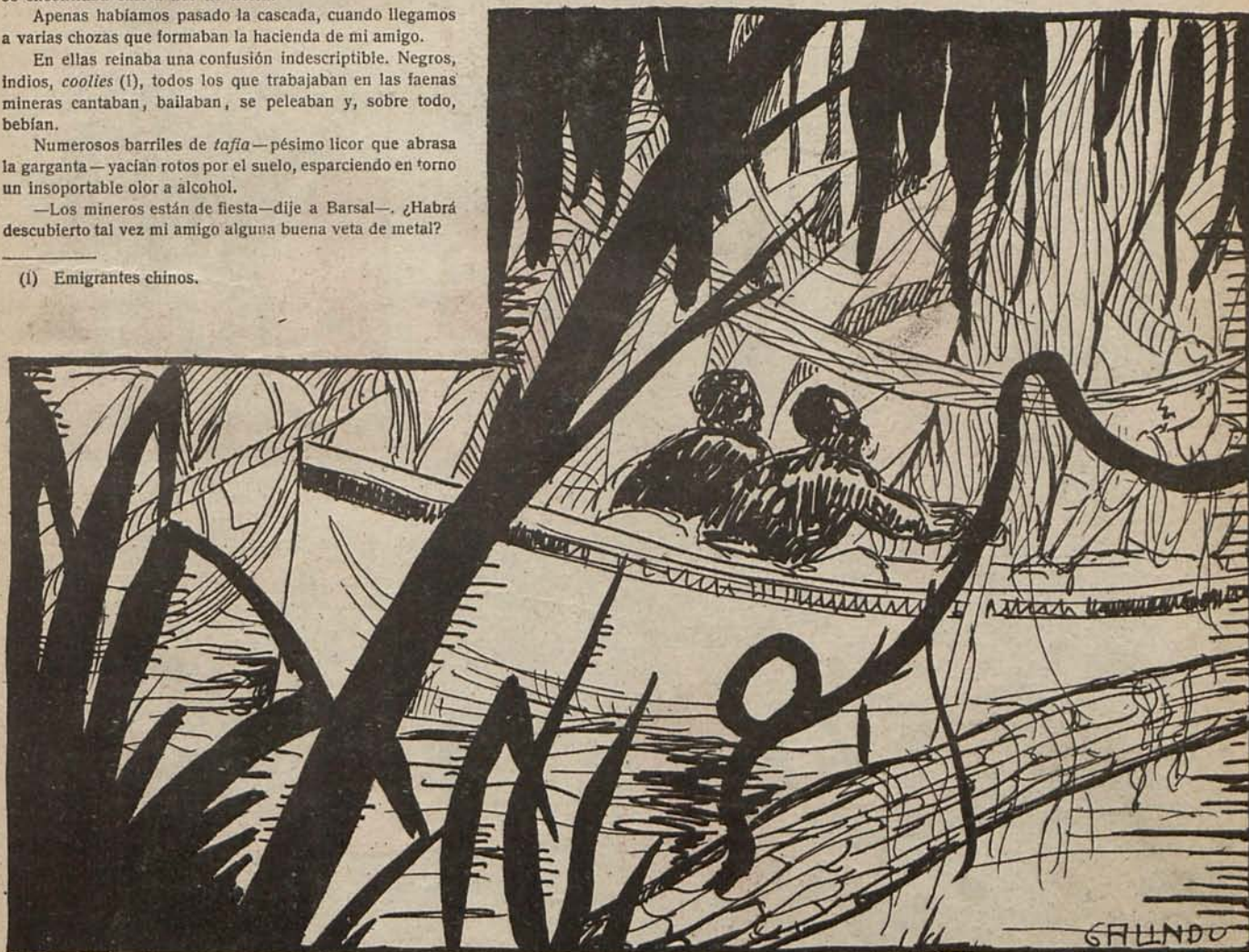
—No sé qué va a pasar aquí ahora—replicó el negro—si comen y beben en tal forma me figuro que es que habrá muerto su amo.

—Vamos a buscar al encargado de la mina—les dije—. Me figuro que no ha muerto.

Los dos negros dejaron los remos, ataron la barca y saltaron a tierra. Les vimos que se detenían un poco junto a los bebedores bebiendo algunos vasos de *tafia* que les ofrecían aquellos borrachos y luego desaparecieron entre las cabañas.

(Continuará en el número próximo)

(1) Emigrantes chinos.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



PERO OYE, NIÑO, ¿ESTÁN YA HECHAS ESAS PINTURAS, O QUÉ? DATE PRISA QUE TENGO QUE PINTAR HOY UN PAISAJE SIN FALTA

ESTO VA A ESTAR EN SEGUITITA, MAESTRO



EN CUANTITO VEAS UN PAISAJE, ME AVISAS

NO SE VE NI UNO. SE CONOCE QUE COMO HACE FRIO NO QUIEREN SALIR



¿NO TE GUSTA ESTE PAISAJE?

A MI, NI PIZCA. NO SE VE NI UN ARBOL, NI UNA CASA, NI UNA FLOR



NI FALTA QUE HACE, PARA ALGO TENGO YO ESTA IMAGINACIÓN VOLCÁNICA.



¿DICES QUE NO HAY ÁRBOLES, NI CASITAS, NI FLORES, NI NADA? PUES LOS PINTO YO, Y EN PAZ



¿QUÉ TAL HA QUEDADO?

¡COLOSAL! PERO TODO ES LO QUE HAY EN EL CUADRO SE LO HA INVENTADO USTED.

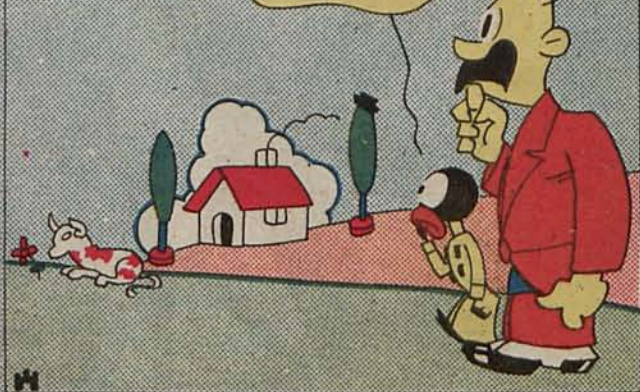


¡ARREA! ¿DE DONDE SE HABRÁ ESCAPADO ESTE HURACÁN?



PERO OYE, CURRINCHE ¿NO LE HAS ECHADO COLA A LA PINTURA?

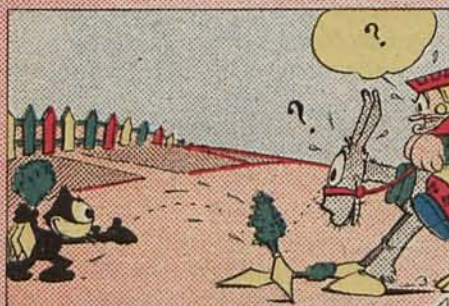
YO, NO SEÑOR



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1955 by Paramount Pictures Service, Inc. - Exact Spanish rights reserved.

PAT SULLIVAN

3-25 12

CUENTOS DE CALLEJA

LA MANZANA DE LUISITO

Castillo



UES, señor, era de ver un Rey que existió allá en tiempos remotos y que tenía una hija tan débil y enferma que se pasaba la vida sentada en un sillón. Los médicos más sabios habían intentado curarla, pero en vano. Uno de éstos dijo que la Princesa recobraría la salud después de comer una manzana muy grande, blanca, rosada y de finísimo aroma. El Rey entonces hizo anunciar por todo el reino, con trompas y timbales, que el que trajera la manzana capaz de curar a la Princesa se casaría con ella, y sería más tarde Rey; pero en ninguna parte se encontraron manzanas de esa especie. Por fin, la noticia llegó a una pequeña aldea, donde vivía un labriego que tenía tres hijos.

—Antonio—dijo el padre a su hijo mayor—: allá, en el fondo del huerto hay un manzano cuya fruta exhala un grato perfume: las manzanas que da son blancas y encarnadas y de gran tamaño; vete allí, llena la cesta pequeña y llévaselas al Rey; Dios quiera que su hija, al comerlas, encuentre la que ha de curarle. De este modo haremos una buena obra, y además te casarás con la Princesa.

Antonio hizo lo que le indicaba su padre. Cogió las manzanas más bonitas y se dirigió a la capital.

En el camino encontró a un hombrecillo de larga barba, el cual le preguntó:

—¿Qué llevas en esa cesta?

Antonio, por burlarse, respondió:

—Llevo ancas de rana.

—Verdad será—dijo el enano.

Cuando Antonio destapó en el Palacio Real la cesta, se vió que no había en ella más que ancas de rana.

El Rey, poseído de cólera, mandó dar veinticinco azotes al embustero.

El pobre Antonio se volvió con las espaldas doloridas por la azotaina.

Al segundo hijo, que se llamaba Andrés, le dijo el padre:

—Lleva otra cesta de manzanas, y veremos si tienes más suerte que tu hermano.

Andrés se encontró con el viejo enano, que le preguntó qué llevaba en la cesta.

—Llevo morcillas—respondió por burlarse.

—Verdad será—dijo el enano.

Cuando Andrés se presentó a la puerta de Palacio, el cen-

tinela no quería dejarlo pasar, pues creía que era un farsante como el de las ranas.

Pero Andrés insistió de tal modo, que al fin lo llevaron a la presencia del Rey.

Al destapar la cesta se vió que en vez de manzanas contenía morcillas.

Furioso el Rey, mandó dar a Andrés cincuenta latigazos.

El infeliz llegó a su casa lleno de cardenales.

Luisillo, el más pequeño de los tres hermanos, y a quien llamaban el tonto, porque no tenía malicia, decidió ir al Palacio Real con la única manzana que quedaba en el huerto, y que era hermosísima.

No quería el padre darle su consentimiento, porque Antonio y Andrés se llevaron todas las manzanas menos aquélla, y al pobre Luis no le quedaba dónde elegir.

—¿Por qué no he de probar?—decía Luisillo.

—Porque nada conseguirás—decía su padre—: lo que no han hecho tus hermanos mayores, que son listos, ¿cómo has de hacerlo tú que eres medio bobo?

Pero insistió tanto, que el padre acabó por darle su permiso.

Guardó la manzana en una cajita y se puso en camino, encontrándose con el enano, quien le hizo la misma pregunta que a los otros. Luis, que no era aficionado a mentir, contestó:

—Llevo una manzana muy hermosa.

—¿A dónde vas con ella?

—A curar a la Princesa Real, que está muy mala.

—Así será—le dijo el enano.

Llegó Luisillo a la puerta del Palacio y rogó al portero que le franqueara la entrada.

—¡Hombre, te niego la entrada porque el Rey está furioso y te meterá en la cárcel para toda tu vida!

Tanto insistió Luisillo, que le dejaron pasar a la presencia del Rey.

Abrió la caja y, en efecto, contenía una manzana, que se comió inmediatamente la Princesa; ésta quedó curada en el acto.

La alegría del Rey no tuvo límites; pero a los pocos minutos se observó que fruncía el ceño porque no le hacía gracia tener a un aldeano por yerno; entonces dijo a Luis:

—Antes de casarte con mi hija tienes que construir un





barco que ande por tierra con la misma facilidad que sobre el agua.

Luisillo volvió a su casa muy triste; se acostó, rezando devotamente, y al otro día cogió el hacha y las herramientas de carpintero y se fué al monte y emprendió la difícil tarea.

—¿Qué haces?—le preguntó el viejo enano.

—Un barquito que ande lo mismo por tierra que por mar.

—Así será—le dijo sentenciosamente el hombrecillo.

No bien hubo Luisillo acabado de hacer el barco y un par de remos, se metió dentro y empezó a remar. Así llegó hasta el Palacio Real, donde Luisillo anunció al Rey que el barco que le había pedido estaba en el patio.

Grande fué la sorpresa del Monarca, quien dijo a Luisillo:

—Veo que eres listo: hoy encerrarás los cien conejos blancos que hay en el parque.

Luisillo aceptó desde luego; pero el Rey le hizo esta advertencia:

—Como falte un solo conejo cuando los contemos esta noche, no te casas; ya lo sabes.

La tarea resultaba penosa; pero el enano le dió un silbato diciéndole:

—Si alguno se escapa, tocas el silbato y volverá en seguida.

La Princesa llegó al parque, donde Luisillo la recibió con respeto, y no se opuso a que se llevara un conejo. De pronto sonó el silbato de Luisillo y el conejo saltó y volvió a reunirse con los demás conejos.

Aún se resistió el Rey a cumplir su palabra, y le impuso una última condición muy difícil. Le pidió que trajese una pluma de la cola del grifo, animal famoso, medio león y medio águila, que se encontraba en una cueva en un país muy remoto. Afortunadamente, Luisillo se encontró con el enano, quien le indicó una senda para llegar adonde se proponía.



Quince días después llegó Luisillo a la cueva del grifo; pero no se hallaba allí. Sólo encontró a una hechicera que estaba limpiando el nido y que interrogó a Luisillo sobre los motivos que le habían llevado a aquellas soledades tan remotas. El contó la verdad, y no sólo refirió el principal objeto de su viaje, sino su próximo casamiento con la Princesa.

—¿No sabes tú—le

dijo la hechicera—que el grifo aborrece a los hombres y mata a todos los que encuentra? Lo vas a pasar muy mal. Escóndete y, en cuanto el grifo esté en lo mejor de su sueño, arráncale una pluma con la mayor suavidad.

Luisillo obedeció. Al anochecer se oyó un ruido estrepitoso que hizo estremecer a Luisillo; eran las alas del grifo, que se aproximaba.

Al entrar revolvió en las órbitas sus ojazos verdes y dijo:

—Huele a carne humana.

—Tienes razón—contestó la hechicera—; ha venido un extranjero; pero, al saber que estaba en tu habitación, escapó a todo correr.

El animal se dió por satisfecho; se echó en su nido, y no tardaron en oírse sus ronquidos aterradores.

Entonces Luisillo se acercó al grifo, le arrancó una pluma, y, despidiéndose de la hechicera, regresó a su país con un tesoro grandísimo, pues recogió en el nido del grifo enormes cantidades de oro y piedras preciosas.

sas.

Luisillo llegó al palacio del Rey, a quien entregó la pluma del grifo, y ya no tuvo más remedio que consentir en la boda de Luisillo con la Princesa. El Rey fué más amable al fijarse en las riquezas de Luisillo, que eran superiores a las suyas.

La Princesa fué tan feliz con Luisillo, que no tuvo motivo alguno para arrepentirse de su matrimonio.

En cuanto a Luisillo, honró su nombre, siendo un Rey sabio, justo y bueno, que aumentó el poderío de su país e hizo cuanto pudo por la felicidad de sus vasallos y por la de sus padres.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Quiero saber la vida y costumbres de un animalito vulgarísimo. El abejorro.

—A pesar de su vulgaridad, ofrecen mucho interés. Esos insectos tan gruñones, tan torpes y ruidosos son dignos de observarse. Ese aspecto de perezosos que les caracteriza es solamente una apariencia.

—La verdad es que a primera vista parece que no tienen otra preocupación ni otro trabajo que el de zumbar.

—Ya sabes, querido Chononcito, que las apariencias engañan. Este animalito, zumbando zumbando, trabaja mucho. Tanto como pueda trabajar la abeja, que es el insecto modelo de laboriosidad y constancia. Sin embargo, el trabajo del abejorro es poco conocido. Desde antes de salir el sol hasta la noche zumba sin cesar. En días de lluvia, los demás insectos se quedan descansando en sus madrigueras, y el abejorro, a pesar del agua, sigue con sus zumbidos de flor en flor. En algunas regiones del Norte el abejorro trabaja hasta por la noche, en tanto que los demás insectos duermen tranquilamente.

—Es para mí esto una verdadera novedad. Yo los tenía por muy perezosos. Creía que hasta les costaba trabajo volar. Ese continuo gruñir me parecía como una protesta al trabajo de mover sus alas.

—Esa torpeza de movimientos es natural y no depende de la voluntad del insecto. Su cuerpo es muy pesado y voluminoso en relación con sus pequeñas alas. Los abejorros viven en sociedades muy compactas. En algunos países tan compactas y aún más que las abejas. El ejemplo que ofrece el abejorro madre es digno de admiración. Todos los abejorros de una sociedad deben su ser a una sola madre que se ha pasado el invierno en lucha con la vida para crear nuevos seres. Estos, tan pronto llega la primavera, salen en alegre tropel de su nido, lanzando al aire una verdadera algarabía de zumbidos. La madre, una vez cumplida esta misión creadora, rinde su trabajo con la vida.

—¡Pobrecilla! ¡Qué curioso sería poder ver de cerca la labor que desarrolla en su vivienda mientras pasa el invierno!

—Desde luego es una labor curiosísima, y en ella intervienen más o menos directamente todos los abejorros que forman la colonia. Empiezan por escoger un sitio a propósito para fijar su morada. Esta morada es a la vez escondite, refugio, hogar y nido. Siempre buscan sitios que puedan tener una entrada oculta y cómoda. Una tortuosa galería abandonada por el topo o el ratón es un excelente asilo para los abejorros.

—Ya veo que son prácticos. Saben escoger viviendas ya construidas. Esto es más positivo que tenerlas que construir.

—Una vez instalados en una vivienda salen los abejorros en busca de flores para libar de ellas el rico néctar. Cuando han hecho buen acopio de esta dulce provisión, acuden al nido y depositan en él la miel, mezclada con abundancia de polen, haciendo pequeños montoncitos. Pero no despliegan en esta labor arte ni cuidado alguno. En esto no se parecen a las abejas. Ignoran en absoluto cualquier procedimiento de arquitectura. Las abejas, ya sabes que construyen celdillas indivi-

duales admirablemente calculadas y resueltas y disponen además un depósito para la miel. Los abejorros se limitan a hacer montoncitos y en cada uno de estos va la madre depositando cuidadosamente los huevecillos, cuyo número aumenta a medida que van creciendo los montones. De los huevecillos van saliendo las larvas y se van mezclando con la masa de polen y miel, y, a medida que crecen van tejiendo a su alrededor un capullo vidrioso y cerrado. Estos capullos son en realidad las celdas del nido. Dentro de ellos se convierte la larva en crisálida y nacen pequeños trabajadores que en cuanto abandonan el cascarón del capullo se dedican a ayudar a su madre.

—¿Poniendo también huevecillos?

—No; trayéndole alimentos, reuniendo los capullos unos con otros, arreglando su casita y poniendo las celdas en orden para que el trabajo de la madre sea menos penoso. Las nuevas hembras que han de depositar huevos aparecen al cabo de un año. Son pequeñas y sólo ponen huevecillos de los que salen abejorros machos. Hacia el otoño surgen las hembras de mayor tamaño, que son las que invernan en el nido y las que vuelven a desarrollar la misma labor que te acabo de referir.

—Los abejorros son igual en su forma a las abejas ¿verdad buho?

—Iguales exactamente no, pero sí muy parecidos. Su cuerpo es grueso y revestido de espesos pelos, cortados a veces por una faja roja o blanca. Las patas posteriores están provistas de dos espinas en su extremidad y en los metatarsos aparece un gancho bien formado. Las hembras y las trabajadoras son las que únicamente tienen el órgano recolector en las patas traseras. La lengua de los abejorros es larga, y si se estira alcanza más longitud que el cuerpo. Los palpos labiales tienen encerrada esta lengua en una especie de tubo. Los ojos los tienen dispuestos en línea recta en la coronilla. Las alas las tienen divididas en el mismo número de celdillas que las abejas.

—¿No tienen medios para defenderse?

—Muy escasos. Únicamente los ganchos de sus patas les sirven de alguna defensa, pero muy poca.

—Entonces están a merced de todos sus enemigos.

—Con frecuencia se ven atacados por las abejas, los ratones, los lagartos, y muy principalmente por todas las aves, que los persiguen sin cesar. A veces si tantos los abejorros que las aves cazan en un día que satisfacen con exceso su apetito y entonces los dejan clavados en la espina de alguna planta para disponer allí de esta reserva alimenticia al siguiente día.

—Es curiosísima la vida de estos pobres animalitos. Yo no me figuraba que un insecto tan feo tuviese tan admirables dotes de laboriosidad.

—Ya ves como las apariencias engañan. Hay en cambio otros animalitos que se mueven con mucha más agilidad que el abejorro y trabajan mucho menos.

—No puede uno fiarse de las apariencias ¿verdad buho?

—Ya sabes que te he dicho que no.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

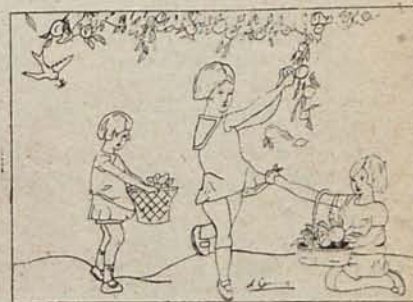
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Desfile nocturno.
JORGE GONZÁLEZ.



Pinocho.
CUQUI.



Cogiendo naranjas.
AURORITA CARRASCO.



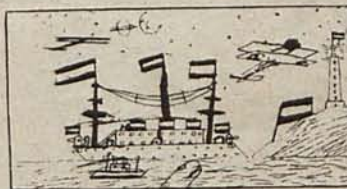
Poco-pán se entrena.
NICOLÁS MENÉNDEZ.



El profesor galante.
ROMÁN JUGO.



Paisaje conquense.
SALVADOR.



Transatlántico español.
MIGUEL FERNÁNDEZ.



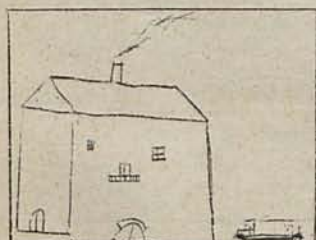
El buque de papá.
DAVID LOLOS.



Pollo pera.
J. BOTORRA.



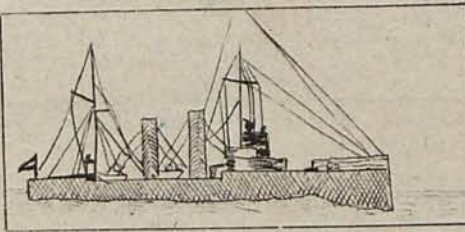
Un botones.
L. V. RIBAS.



La casita de mi prima.
JUANITO DE LA SERNA.



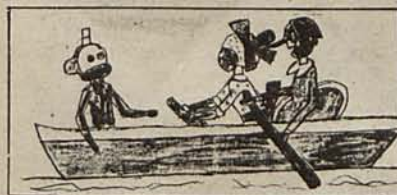
Pinocho.
M.^a VICTORIA.



Crucero «Extremadura».
J. ROMERO.



Mi casita de campo.
PILAR ARRÓZPIDE.



En barca.
DANIEL PEREGRÍN.



Pera.
CRUZ PASTRANA.



Ton.
L. A. VIETO.



Una carabina.
L. V. RIBAS.



Mi hermanita.
ARACELI A. V.



Mariposas.
C. VALDEPEÑAS.



Un caballo.
F. TEJEDOR.



Pinocho.
A. CARULLA.



Mi tío.
J. MARIO M.



Nuez.
J. ARRANZ.



Retrato.
M.^a L. LÓPEZ.



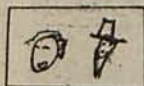
Colorín.
T. DE PABLOS.



Pinocho.
G. BARRERA.



Tonto.
MANUEL L.



Dos novios.
J. BOFILL.



Dos amigos.
M. G.



Un auto.
F. MARTÍN.



Pin 8.
A. U.



Mi auto.
A. R. DE LA ROSA.



Pinocho.
L. BOSCH.



Carro romano.
A. CASTRILLO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS ZORROS



...pero no se trata de unos zorros de esos que se utilizan para sacudir el polvo sino de dos animalitos muy finos y muy amables que estan escuchando la conversación de esa feliz pareja que podéis contemplar en el grabado... ¿dónde están los zorros?

LOS LOROS



Aquí se trata de dividir el dibujo con tres líneas rectas en siete partes, de forma que en cada una queden dos loros.

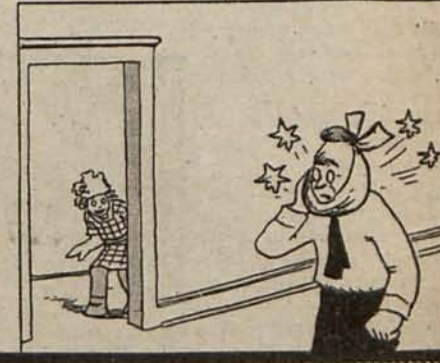
LA CRUZ

Se trata de componer con estos trozos, sabia y hábilmente colocados una cruz perfecta, completamente perfecta... ¿Queréis más explicaciones? Me parece que huelgan.. Lo que debéis hacer es agarraros como locos a las tijeras y comenzar a cortar pedazos, para combinarlos después hasta conseguir vuestro propósito... ¡Comiencen pues los tijeretazos... y abur!

LA CRUZ



ANITA BUEN- CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, TAPICERA

Para colocar sobre la puerta. — ¿No habéis notado que a vuestro cuarto, tan mono, tan luminoso, tan risueño, con tan buen gusto amueblado, le falta algo? Los muebles son graciosos y de forma

original; los almohadones, caprichosos; primorosamente bordados están los tapetes; todo ello como copiado de la «Sección Pirula».

Pero, ¿y ese espacio en blanco que hay sobre el marco de la puerta? No vamos a colocar ahí un cuadro, tan alto, cuando ahora es costumbre colgarlos muy bajo.

Pondremos, pues, otra cosa; algo que vamos a confeccionar nosotras mismas, y que es muy propio para colmar esa clase de vacíos. La tela elegida puede ser un trozo de «toile» de hilo muy gruesa, o de tursor de algodón, en color natural.

Pero yo preferiría que fuese un trozo de ordinaria balleta pueblerina en un tono chillón, amarillo canario, verde, azul o rojo, el que mejor haga juego con el tono dominante en la habitación.

En el primer caso, el bordado será de varios colores; en el segundo — mi preferido —, será negro.

Ese galón que veis en el grabado que bordea la tela y forma cuadros, puede comprarse hecho.

Pero no me acaba de agradar la perspectiva. ¿A qué comprarlo ya bordado si nosotras lo sabemos bordar primorosamente y además nos gusta trabajar?

Lo mejor, lo más digno de una perfecta Pirulinda, es bordar el galón a punto de cruz; conviene hacerlo en una tira de tela independiente, hilvanando sobre ella el cañamazo, cuyos hilos se arrancan fácilmente una vez terminada la labor. En esta misma plana os presento uno de los mil modelos de bordado a punto de cruz que podéis copiar para el caso; éste es de los más ligeritos de hacer; otros, sin dejar de ser facilísimos, entretienen más, porque reproducen minuciosamente figuras humanas o animales, cuyo detalle no ha de poder apreciarse en una labor colocada cerca del techo, como está destinada a estar la que nos ocupa en este momento.

Si este dibujo resulta demasiado ancho, podéis sustituirlo por una simple greca.

Terminado y pegado el galón, que habremos bordado con lana o con grueso algodón «perle», se borda en cada cuadro una flor de fantasía.

Si tenemos mucha prisa por terminar el trabajo, nada más a propósito que la flor que también os presento en esta plana; como podéis ver; se hace a punto de nudo. Para que el bordado tenga mucho realce y se destaque a distancia, conviene utilizar una lana o un algodón muy grueso y, además, dar varias vueltas a la hebra al hacer cada puntada, a fin de que el nudo sea mayor.

El efecto de este cuadro una vez colocado sobre la puerta, es tan bonito, que seguramente, en cuanto lo terminéis, querréis hacer otro parecido en una franja tres veces más larga, si bien puede ser, poco más o menos,

del mismo ancho, para colocarlo en el ángulo de la pared al cual está adosada la cabecera de vuestra camita-diván.

La misma combinación sirve para tapete de mesa y para almohadones.



CURIOSIDADES DE PIRULA

Una extraña colección. — Hay quien colecciona cuadros o cacharros antiguos, abanicos o tinteros, timbres o relojes, sellos de correos o billetes del tranvía capicúas.

Algunas de estas colecciones resultan artísticas, otras interesantes, otras extravagantes y otras simplemente tontas.

La colección de la que me voy a ocupar es extravagante y es tonta por añadidura. Un inglés, sabedor de que el rey de Inglaterra Eduardo VII tenía una gran afición por las bebidas heladas, se dedicó a seguirle a todas partes para recoger la paja utilizada por el soberano para aspirar sus refrescos. Y cuando tuvo una enorme cantidad de estas pajas que habían tocado los labios regios, se mandó confeccionar con ellas ¡un sombrero!



Los juguetes de un niño millonario. —

Cuentan del millonario norteamericano Vanderbilt, que siendo niño, la primera vez que vino a Europa con sus papás, se trajo «algunos» de sus juguetes». Y esta muestra del surtido de juguetes del pequeño millonario, fué asegurada en una gran Compañía de seguros por la cantidad de 125.000 pesetas. ¿Qué valdrían «todos» los juguetes del niño Vanderbilt? Para él muy poco, seguramente. Cuando

se tienen tales riquezas y no le queda a uno nada que desear, ya no se aprecia nada, ni de nada se disfruta.



Obras de paciencia. — ¿Quién lo dijera? Pues sí, Pirulindas queridas; a vosotras, que sois tan primorosas en la confección de labores, hay quien os aventaja en paciencia y aplicación. Por ejemplo, cierta señorita inglesa que tuvo la humorada de escribir en una tarjeta postal de ocho centímetros de ancho por catorce de largo el número fantástico de ocho mil seiscientos sesenta y nueve palabras, sin un solo borrón, y con letra tan clara, que cuanto escribió resultaba perfectamente legible, si bien, claro está, con lupa. Pues,

¿y aquel obrero ebanista alemán, de Munich, que logró fabricar un violín exclusivamente con cerillas pegadas unas a otras?

Y a lo mejor, luego queridas Pirulindas, le dió por fabricar un piano...

Las labores de mis Pirulindas son menos extraordinarias y requieren menos paciencia y menos tiempo; en cambio, son más bonitas, más prácticas y mucho más razonables.

